

HELEN OYEYEMI

TREGUAS

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE MARÍA BELMONTE

BARCELONA 2026



ACANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *Peaces*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2021 by Helen Oyeyemi. Todos los derechos reservados
© de la traducción, 2026 by María Belmonte Barrenechea
© de esta edición, 2026 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 979-13-87964-75-7
DEPÓSITO LEGAL: B. I8 332-2026

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2026*



Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Muchas veces pensé que la paz había llegado,
cuando la paz estaba muy lejos –
como los náufragos – creen que ven la tierra –
en el centro del mar –
y luchan más débilmente – sólo para probar
tan desahuciadamente como yo –
cuántas ficticias costas
antes del puerto hay.

EMILY DICKINSON

[trad. Silvina Ocampo]

¿Alguna vez has tenido una ruptura tan fácil que hasta resulte ofensiva? ¿Alguna en que la persona a la que acabas de dejar, por el motivo que sea, se limite a encogerse ligeramente de hombros, darte las gracias «por todo, especialmente por la sinceridad» y luego se largue silbando «I Can Get Along Without You Very Well», de Hoagy Carmichael? ¿O acaso has sido tú el que apenas se ha inmutado cuando te han dado calabazas? Yo nunca había encajado un golpe así, ni siquiera me lo había planteado. Antes de Honza sólo había estado con tipos tan poco sensibles como yo: podríamos haber formado una especie de tribu con el estandar-te de YO SÍ QUE PASO DE TI. Pero aquello..., aquello no fueron más que diez minutos incómodos en una cafetería. Y luego, se acabó. Honza se fue y me sentí agradecido y aliviado de que todo hubiera resultado tan civilizado. Y pensé: «Pues ya está. Todo ha terminado».

Me puse los auriculares y me encaminé a la boca del metro mientras dejaba que el cerebro absorbiera mi estupenda lista de canciones sobre nuevos comienzos como si fuera un bálsamo. La música me puso de tan buen humor que cuando me di cuenta de que un ladrón estaba hurgando en mi mochila me limité a darle un manotazo y a reprenderlo con el dedo en lugar de empujarlo por las escaleras mecánicas.

No tenía ningún mensaje de Honza cuando llegué a casa. El único vestigio de nuestra relación era un paquete de calzoncillos que me había regalado, unos bóxers con los días de la semana bordados en checo en la cinturilla granate: PONDĚLÍ, ÚTERÝ, STŘEDA... Me había dicho que le en-

tristecía que yo siempre pareciera pensar que era lunes. Así, de paso, aprendería siete palabras en checo. No tardaría en hablarlo con fluidez, me aseguró.

Los días tras la ruptura se sucedieron inevitablemente. Trabajé, hice labores de voluntariado, vi la televisión, leí algunos libros, quedé con algunos amigos, me puse el *pack* de calzoncillos bordados en el orden correcto. El *pondělí* no trajo consigo ningún ruego anhelante ni ninguna súplica lacrimógena; el *úterý* pasó de largo sin que recibiera un largo mensaje de reproche; el *středa* nadie me escribió a propósito de una foto que le hiciera pensar en mí; el *čtvrtek* no recibí ultimátum alguno para cambiar de opinión, e igual el *pátek*, el *sobota* y el *neděle*. El ciclo se repitió durante meses hasta que la ropa interior quedó descolorida y ajada. Tirar a la basura ese regalo fue la conclusión de nuestro proceso de separación consciente (lo peor de todo es que, seguramente, lo diga en serio), aunque no tardé en echar de menos lo bien que me quedaban aquellos calzoncillos y me compré otros iguales. Había un montón de idiomas entre los que elegir para el bordado de los días de la semana, pero yo buscaba la seguridad, no la novedad, así que repetí la fórmula original. Las personas pueden traicionarte, pero unos buenos bóxers, nunca. En cuanto a Honza Svoboda, no supe nada más de él hasta... Hasta que...

Apenas he comenzado y ya me está entrando miedo. Más vale que siga antes de cambiar de opinión.

Imaginaos, unos cuatro años más tarde, a una joven e ilusa pareja que emprende un viaje en tren nocturno...

A Xavier la idea de llamar «joven» a alguien de treinta y ocho años le parece risible, pero ésa era la edad que ambos teníamos entonces, aunque, por cómo nos comportábamos, no parecíamos precisamente adultos.

Como iba diciendo: nuestra estación de tren es la típica estación de enlace de un pueblecito de Kent, además del final de trayecto de las dos rutas de autobús del pueblo. Por muy decididos que estemos a pasarla de largo sin más, al final nos entretenemos. El edificio desprende un magnetismo desmañado y parece el primo asilvestrado de un granero. Un primo versado en artes diabólicas. Fijaos en la cotidianidad diabólica que desprenden la fachada descolorida, el tono mortecino de los marcos de las ventanas, las sombras que parecen encogerse tras los cristales ennegrecidos. A nadie le extrañaría que el propio Lucifer tuviera unas cuantas patas de jamón colgadas ahí dentro y se pasara de vez en cuando para ver cómo avanza el curado. Sin embargo, en lugar de jamones infernales hay una cafetería que sirve tazas de té dignas del Patrimonio Mundial de la Unesco. Y para rematar hay dos andenes en los que, cuatro veces al día, los pasajeros que vienen y van se mezclan con los lugareños que han acudido a darles la bienvenida o despedirlos. Dos llegadas y dos salidas cada veinticuatro horas no bastan para que una vía férrea se gane el nom-

bre... De acuerdo con las indicaciones que habíamos recibido, llegamos a la estación a las seis y media una mañana de sábado primaveral, y la madreSelva, las mariposas y demás jueguistas no parecían muy preocupados por las idas y venidas de los trenes. Supongo que todos aquellos revoloteos y acrobacias tan simpáticos los convertían en embajadores de la estación y les garantizaban derecho de paso.

El tren estaba detenido en la vía con destino a Londres y parecía más una criatura marítima que una locomotora. Nuestro acompañante en aquella ocasión era una mangosta llamada *Árpád*, a la que se le erizó el pelo al verlo. «Mira el dragón, mira su melena», le susurré. Brillantes volutas de metal plateado recorrían la parte inferior de su largo cuerpo, reflejando la luz del sol. El tren lucía, como una diadema, su nombre en letras escarlatas dispuestas sobre una cinta roja justo encima de la ventana frontal de la cabina del maquinista: TU DÍA DE SUERTE.

La cabina estaba vacía. *Árpád* se paseó por el andén, dando golpecitos en el cemento con las patas como si se dispusiera a dar un gran salto para abalanzarse sobre su enemigo.

Xavier le dijo a *Árpád* que era un exagerado, aunque, desde donde nos encontrábamos, parecía como si el tren se hubiera agazapado, escondiendo las ruedas en las vías. «Mira su melena, mira sus garras...».

Me limité a comentar: «¡Vaya, vaya! Un poco llamativo para un tren de contrabando de té, ¿no?».

Una mujer que pasaba por allí con un chaleco reflectante y un casco amarillo nos preguntó si nos íbamos a algún sitio bonito. «No tengo ni idea, señora», le contesté, pero Xavier me pasó un brazo por los hombros y le informó de que nos íbamos de «falsa luna de miel». Una respuesta que hizo de aquel acontecimiento de nuestras vidas un destino en sí mismo, al tiempo que restaba importancia al hecho de

que realmente no sabíamos si íbamos a algún sitio bonito. Lo que ponía en el billete resultaba de lo más vago. Puede que a *Árpád* aquello no le hiciera la menor gracia, pero a nosotros, los de la falsa luna de miel, no nos importaba.

Xavier y yo paseamos un rato de arriba abajo por el andén y nos susurramos algunas carantoñas. Apenas recuerdo lo que nos dijimos—apuesto a que comentamos lo increíble que nos parecía todo—, porque fueron el sonido de su voz y su mirada dulce y penetrante lo que me provocó una excitación tal que sólo sus besos pudieron mitigar. Te sometes a un calvario amoroso durante décadas sin saber exactamente por quién estás dispuesto a dar o recibir semejante vapo-leo. Te sometes a dicho calvario sin saber si la persona cuyo favor buscas estará siquiera allí cuando logres dejar atrás ese camino sembrado de confeti emocional y vísceras sentimentales. Y luego, por un golpe de suerte, el calvario llega a su fin, esa persona existe después de todo y tú te conviertes en el amante perpetuamente encandilado del que hablan todas esas canciones que tan falsas te parecían antes.

Aquello estaba sucediendo *de verdad*. Nos habíamos encontrado el uno al otro y nos íbamos de viaje juntos, y aunque no era la primera vez, sí era la primera que lo hacíamos con el mismo apellido. Nos disponíamos a abordar un tren llamado *Tu Día de Suerte*. El tren estaba allí y nosotros también, así que seguimos haciendo comentarios del tipo «Ya no hay vuelta atrás» y «Allá vamos», como si tratáramos de poner riendas verbales a la intensidad del momento.

La puerta de cada vagón tenía un pomo distinto: una daga, un abejorro, una rueca, un arpa. Nuestro billete correspondía al «vagón del reloj», de modo que nos pusimos a buscar la imagen de un reloj hecha del mismo latón mate que las otras: un tulipán, un telescopio, un dado que mostraba el número dos...

No pudimos pasar por alto la posibilidad de que hubiera un garito de juego a bordo. Apretamos el pomo, pero sólo pudimos abrir la puerta al tercer o cuarto intento: primero lo intenté yo, después Xavier, luego *Árpád* y a continuación otra vez yo. Los dos puntos en la cara del dado no eran meros adornos, tenías que introducir los dedos y presionar con fuerza. Irrumpimos todos a la vez en el vagón para echar un vistazo con el equipaje a cuestas, con la idea de arrastrarlo de un vagón a otro hasta encontrar el nuestro, pero enseguida nos encorvamos, bajamos la cabeza e inclinamos los hombros hacia delante—por lo menos Xavier y yo—al darnos cuenta de que habíamos entrado en un lugar del revés. Todos los asientos y las mesas colgaban desordenados del techo junto a las repisas del equipaje, como si hubieran acabado allí después de que el tren diese una señora vuelta de campana. Reinaba un silencio quebradizo: oíamos el traqueteo y el bullicio de la estación, y un vago rumor que bien podía deberse a que la máquina murmuraba en sueños. Una mezcla de sonidos muy tranquilizadora: no estábamos en el vagón correcto, pero no molestábamos a nadie y, en consecuencia, a nosotros tampoco nos molestaría nadie... siempre y cuando nos pusiéramos pronto en marcha. Si sacabas la lengua, se te estremecía la punta: era el escalofrío de la incertidumbre. No obstante, a Xavier parecía no inquietarlo tanto el vagón como algo que había visto en el siguiente. Seguí su mirada, pero sólo vi una hilera de compartimentos cerrados.

Árpád trepó por la pared, cruzó el techo a toda prisa como si fuera el tablero de una mesa y nos miró por encima del hombro, como diciéndonos: «Esto es explorar, amigos»; luego bajó al suelo y salió al aire libre. Estuve a punto de seguirlo, pero cambié de idea cuando vi que Xavier se dirigía hacia la puerta que conducía al compartimento siguiente.

—*Árpád* se ha ido en la otra dirección—dije, y me coloqué entre Xavier y el tirador de la puerta.

—Ya lo sé, pero...

—Lo sabes, pero ya estás intentando deshacerte de nosotros antes siquiera de salir de la estación.

—Otto, es un tren, no los páramos de Yorkshire. No tenemos que caminar pegados como excursionistas perdidos en la niebla.

Teníamos la cara muy cerca el uno del otro, pero no nos besamos. Nos habíamos movido, al parecer voluntariamente, hacia el punto exacto donde el peso parecía estar peor repartido en aquel techo abarrotado. Sillas de respaldo alto se cernían sobre nosotros mientras nuestras maletas rodaban por el suelo vacío, así que, Xavier no sé, pero yo desde luego no osaba moverme. Porque ésa era la postura que habían adoptado nuestros cuerpos: la de dos amantes al borde de un tórrido achuchón. Yo era el remilgado: mi mano izquierda descansaba en la tibia superficie del alféizar, bañada por el sol. Xavier tenía la mano derecha apoyada en la puerta que había detrás de mí, y me rozaba la punta de una oreja con la muñeca. Podría haber vuelto la cabeza para besársela, pero me di cuenta de que no podía competir con lo que se veía más allá de mi hombro: todo su interés estaba puesto en la oscura hilera de puertas que recorría el centro del tren.

—Ni te imaginas lo que he soñado con este día—dije—, y por fin ha llegado: el día en que oficialmente me he vuelto menos atractivo que una puerta.

—¿Decías?—Bajó la mirada y me acarició el cuerpo, lentamente, hasta que empecé a jadear; después añadió—: Me gusta este sonido bastante más que el que suelen hacer las puertas. Creo que la he visto, Otto.

—¿A quién?—Me giré para intentar ver por mí mismo. El contorno de cada puerta encajaba tan perfectamente en

el de la siguiente que mis ojos, poco esforzados en condiciones óptimas, me traicionaron enseguida. Puede que hubiera alguien allí, que hubiera visto una silueta moverse tras uno de los cristales a lo lejos, pero...—. Has dicho «la he visto» como si yo tuviera que saber de quién hablas.

—De Ava.

—¿Ava...?

—Ava Kapoor.

Tras unos segundos mirándonos en silencio mientras yo trataba de hacer ver que sabía de qué me hablaba, Xavier dijo:

—Por Dios, Otto. Ava Kapoor, la residente del tren.

—Claro, Ava *Kapoor*. Ahora caigo. ¿Creas... crees haberla visto?

—Bueno, he visto a *alguien*.

—¿Qué aspecto tenía? ¿Parecía...?

¿Qué palabras encajaban con lo que yo esperaba que pareciera Ava Kapoor? ¿Amigable? ¿Tranquila? ¿En posesión de todas sus facultades? Había recibido una invitación de lo más amable y práctica de su parte, así que no sé por qué esperaba encontrarme con una especie de miss Havisham.¹ Me gustaría conocer el origen de tan inveterado prejuicio. Sobre las mujeres que viven solas, quiero decir. Aunque conozco a varias y sé que cinco de cada siete viven solas por elección propia, la siguiente mujer solitaria con la que me cruzo jamás se beneficia de esas otras amistades mías, porque apenas se han encontrado nuestros caminos vuelvo a pensar: «Pobre, ¿qué le habrá pasado?».

¹ Personaje de *Grandes esperanzas* (1861), de Charles Dickens: una rica solterona que, tras ser plantada en el altar, insiste en llevar el vestido de novia el resto de su vida. Vive en una mansión en ruinas con su hija adoptiva, Estella. Según el texto de Dickens, tiene la apariencia de una bruja. (*N. de la T.*).

—¿Que qué aspecto tenía?—repitió Xavier—. No lo sé. Ni siquiera sé a qué te refieres, Otto. Pero llevaba un cartel. Bueno, una palabra escrita en un trozo de papel. —Y tras una pausa, añadió—: Creo que decía SALUDOS.

—Ah...

—Aunque quizá decía SOCORRO.

—¿Cómo que quizá decía SOCORRO?

—Otto Montague, ¿podrías dejar de repetir lo que digo? Ay, quería decir Shin...

—Es que... Veamos, si tuvieras que decidir ahora mismo qué decía el cartel, ¿por qué te inclinarías? ¿Decía SALUDOS o decía SOCORRO?

Xavier se llevó la mano a la boca y luego la dejó caer.

—SOCORRO, creo. Pero no parecía desesperada. Apareció por allí. —Señaló el último compartimento del siguiente vagón—. Levantó el letrero y luego... creo que se encogió de hombros, como para indicar que no pasaba nada, y después cambió de vagón.

—¿Iba... de blanco?

—¿Cómo? ¿Y en qué afecta eso a nuestra decisión?

—¿Nuestra qué? A ver, mantengamos la calma... ¿Qué decisión?

—¿Qué crees que deberíamos hacer con respecto a Ava Kapoor, tanto si nos ha saludado como si nos ha pedido ayuda, Otto? Ya que tengo prohibido actuar a título individual...

—Me alegra que tengas claras las reglas básicas de este viaje... Dicho esto, debemos devolverle el saludo, por supuesto. O, en el otro caso, ayudarla.

—Es exactamente lo que esperaba que dijeras. ¿Dónde se ha metido *Árpád*?

La puerta del vagón continuaba abierta. Allí seguía la estación, tan pequeña y pulcra, que aún no habíamos dejado

atrás. Allí seguían la neblina verdosa de los setos y el estallido de color de los pétalos. Y allí seguía *Árpád*, moviendo lánguidamente la cola como si quisiera hacernos señas para que volviéramos al andén, así que salimos del tren equipaje en mano y seguimos avanzando por fuera, mirando por las ventanillas de los vagones y abriendo de vez en cuando alguna puerta para asomar la cabeza y susurrar: «Hola, ¿señora Kapoor? ¡Hola!». Como no obtuvimos respuesta, Xavier puso la típica voz pastosa de presentador televisivo matutino falto de cafeína pero hartado de vino y preguntó: «¿Hay alguien en casa?». No veíamos más que asientos vacíos y cortinas echadas tras los cristales.

En cuanto al vagón del reloj..., si existía, tal vez no habíamos reconocido la insignia. «Hay muchos tipos de relojes—me escuché decir a mí mismo—. Están los relojes de agua, por ejemplo, los relojes de sol...».

Y por fin apareció la insignia de nuestro vagón: tenía números romanos y las complejas filigranas que se hallan en las esferas de los relojes astronómicos. A diez minutos de la salida (cinco, en realidad, para decidir si dejábamos que el tren partiera sin nosotros), Xavier y *Árpád* embarcaron mientras yo esperaba en el andén con nuestras pertenencias.

Un minuto, dos minutos, tres... se sucedieron visible, estruendosamente, marcando cada segundo en la esfera de mi reloj, un instrumento ruidoso y chillón en comparación con la resplandeciente quietud del *Tu Día de Suerte*. Escruté las ventanillas en busca de algún rostro, pero no encontré ninguno. Me asomé a la puerta y miré a la izquierda, la dirección que habían tomado hombre y mangosta. Grité el nombre compuesto que ambos detestaban, confiando en obtener alguna respuesta. «¡Xárpád!».

El pasillo era oscuro pero brillaba como una gota de agua. Raso y cromo, y silencio, el más absoluto silencio, y, de re-

pente, un gran barullo de patas, pies y manos palpando las paredes. De pronto, se abrió la puerta de un compartimento a mitad del pasillo y apareció Xavier. «Otto, tengo la impresión de que el vagón es de lo más agradable, pero no lo sabremos con seguridad hasta dar con el interruptor de la luz...».

Había empezado a ver el tren como una entidad selectiva, que daba la bienvenida a Xárpád, pero me rechazaba a mí. Apenas me había obligado a reírme de semejante idea y dado dos pasos en dirección a Xárpád (menudo par..., incapaces de encontrar un interruptor de la luz) cuando el suelo vibró y el pasillo se deslizó hacia delante con un siseo, comprimiéndose ligeramente, como si se desprendiera de la carga sobrante por unos agujerillos del tamaño de un alfiler. El tren se había puesto en marcha. Subí la maleta de Xavier justo cuando la puerta del vagón empezaba a deslizarse, dejando atrás el andén, mientras él, justo a mi lado en el preciso instante en que el tren empezó a moverse, agarraba el asa del maletín de *Árpád*. No pudimos hacer más. Volví la mirada una única vez y vi mi maleta tumbada de lado al borde de la vía. Llevaba puestos los bóxers del *sobota*, pero los cuatro días siguientes se habían perdido.